



EL DEPORTE DE SER PADRE

Los padres deseamos lo mejor para nuestros hijos, en todos los aspectos de la vida. El deporte no es una excepción. Sin embargo, a veces, la ansiedad asociada a la consecución de ese deseo nos induce a manifestar conductas que tienen influencias negativas en su proceso formativo y en la práctica del deporte.

Los padres excesivamente involucrados en la práctica deportiva de sus hijos, llegan en ocasiones, a usurpar el puesto del entrenador. ¿Qué no? ¿Qué no es para tanto? Si nos fijamos en ese padre que da instrucciones constantes desde la banda a su hijo, está impidiendo que su hijo descubra por sí mismo, como hacer frente a la situación deportiva determinada que se le presenta. Le está limitando, presentándole la situación. Al niño, se le plantea un dilema: tener que elegir entre una orden u otra. Obligatoria tiene que desobedecer a alguien, con lo que el estrés que genera esta situación, está asegurado.

Aceptar el papel del entrenador es importante, los padres no podemos sustituir al entrenador, aunque conozcamos el deporte, es importante que el entrenador tenga confianza en nosotros.

Es básico aceptar los éxitos y fracasos de nuestros hijos. Algunos padres se muestran compensados cuando sus hijos destacan y otros se muestran avergonzados por las derrotas, cuando lo importante es que nuestros hijos disfruten y mejoren, mostrando el interés adecuado, evitando los extremos. Los niños tienden a imitar la conducta de los adultos. Si un adulto pierde el autocontrol con los adversarios, con los compañeros o con los árbitros, la tarea del entrenador para enseñar y exigir deportividad a sus jugadores, resultará mucho más complicada.

En definitiva, las líneas de comunicación entre padres y entrenadores, coordinadores, directivos, etc, han de estar abiertas, han de ser fluidas y no debemos olvidarnos, **que para el deporte de ser padre, también hay que entrenarse cada día.**